

EL EPÍLOGO DE BIC

Eran las siete de la tarde cuando sonó mi teléfono, y yo estaba listo para contestar.

“Buenas tardes, señor Frega. Soy Valeria, del Hotel Sheraton de Reggio Calabria. Disculpe la molestia. Le llamo de parte del director general para preguntarle si podría pasarse mañana por la mañana, hacia las 10:30, por un asunto que le concierne”.

“Por supuesto. Pero, ¿sabe?, yo soy de los ansiosos. Si tuviera la amabilidad de adelantarme algo sobre el tema, podría llegar preparado y dispuesto”.

“La verdad es que no debería decírselo. Pero, en concreto, se trata de una deuda que dejó su colega francesa hace unas semanas. Nos dio instrucciones de ponernos en contacto con usted para saldar el asunto”.

“Dígale al director general, por favor, que mañana por la mañana estaré allí. Gracias”.

¿Una colega francesa?

¿Quién demonios era esa?

De todas las posibilidades, el único nombre que me vino a la cabeza fue Chanel.

¿Y por qué iba a decirse colega mía y dejarme con un problema que ni siquiera era mío?

Al día siguiente llegué al hotel.

El director general me recibió calurosamente y me entregó de inmediato una carta que había llegado allí a mi nombre.

Aunque no eran una oficina de correos, habían tenido la amabilidad de aceptarla porque tanto mi padre como yo habíamos sido clientes suyos, en nombre de nuestra casa madre, Gillette, durante más de cincuenta años.

Luego el director general me preguntó si estaba dispuesto a saldar la deuda de mi colega, y yo le pregunté a cuánto ascendía.

“Casi me da vergüenza pedírselo”, dijo, “pero la señora insistió tajantemente en que usted pagara la deuda antes de abrir el sobre”.

“¿Cuánto debo?”

“Señor Frega: un dólar estadounidense”.

Qué hija de puta, la francesa.

Sonreí.

Nos despedimos.

Luego salí a la calle para abrir la carta y leerla.

Amor mío, ahora ya sabes lo que se siente al pagar un dólar.

Besos,

Tu Chanel

Pero la cosa no acaba aquí.

No tenía coche, y nunca cogía autobuses.

La vida en las grandes capitales extranjeras me había enseñado a caminar, así que volví a casa a pie, después de recorrer casi tres kilómetros.

Llamé al timbre.

Mi hija abrió la puerta y gritó:

“¡¡¡¡Sorpresa!!!!”

Ferdinando